

dido un resplandor en alguna parte, de heridas aún sin sanar, de odios que no se beneficiaron de catarsis, de miedos que no fueron conjurados. En este caso, la memoria no logra apropiarse un sentido, descubrir un valor, construir un bastión desde el cual posar la mirada, vigilante pero serena, para desenmarañar un signo, esclarecer una señal en el río turbulento de la violencia de lo cotidiano tanto del campo como de la ciudad.

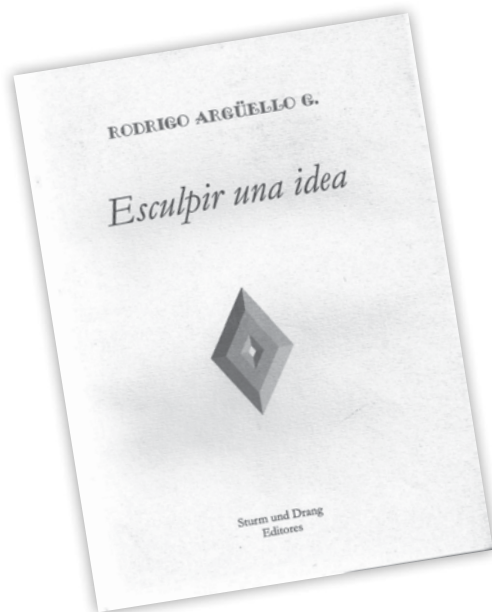
Con la memoria se reconocen cosas, situaciones, eventos, se recuperan sentidos, todo ello como la heredad de nuestras vidas en la vida misma; sin embargo, en los poemas de Juan, la memoria es un nombre, una situación, un hecho aún no clausurado y que pervive para remover heridas, conmover dolores y sin sentidos. Entonces uno tiene la sensación de que los recuerdos no fluyen frente a situaciones paralelas en el presente, que ayudan a orquestar ese mismo presente, de ahí que la felicidad que pudiera devenir en estos poemas resulte incompleta. Como en estas líneas:

Las cosas que ya no sabremos

Nunca sabrá que tu nombre duele,
Que amenaza con incendiar esta calma de
hojarasca
Nunca sabrá que agita la angustia entre los
árboles,
Que su presencia duele entre rastrojos de
tarde
Ahora que no cosecharemos más palabras
buenas
Y sabes de mí más de la cuenta

No estás, no vienes, no vendrás,
Dolorosa gramática que conjugo en este
día
Y que duele no sólo por lo que ha pasado
sino por
Lo que falta.

(...) ■



Descubrir es ver lo que todo el mundo ha visto y pensar de ello lo que nadie ha pensado.

A. Szent-Gyorgyi

Esculpir una idea, de Rodrigo Argüello G.

Jairo Restrepo Galeano*

Evidentemente en el aforismo hay descubrimiento, revelación, sacudimiento intelectual, un ir hasta donde nadie ha pensado y que, puesto en evidencia, comprende lo fundamental, natural y actual. Para llegar a ello el aforista ha debido hacer lo que expresa Horacio: “Borra(r) muchas veces si quieres escribir cosas que sean dignas de ser leídas”. Imagino que Rodrigo Argüello, con su libro *Esculpir una idea*, ha debido hacer eso.

Este pequeño libro (no por pequeño menos sustancioso) de 80 páginas y 125 aforismos, recoge, sin duda, cuanto el escritor ha logrado resumir como lo mejor de su pensamiento, ha tenido que haber indagado por el *cómo* y no las causas; es decir, se ha detenido en el *qué* es el fenómeno del lenguaje y el pensamiento.

Argüello es filólogo. Sus temas han estado relacionados con la ciudad, la literatura, los nuevos medios y los aspectos semióticos de la cultura, ello significa que ha logrado reunir ciencia y arte (autor de ensayos como *Estética y comunicación*, *Imago Mundi*, *Ciudad gótica*; crónicas como *Viagra para eunucos*; novelas y cuentos como *Trancón sobre el asfalto* y *Las mujeres no bailan de noche*, respectivamente) se ha movido en esa delgada línea entre el intuir y el comprender, sin salirse del terreno de la incertidumbre. Él sabe muy bien cómo el aforismo, hermano de la poesía, es gozo de la comprensión y de la belleza, instrumento ágil de crítica o de reflexión poética.

El aforismo como reflexión de carácter personal, expresión sentenciosa y fragmentaria apta para reflexionar, ha sido cultivado por Pascal, Spinoza, Baltazar Gracian, Nietzsche, La Rochefoucault, Lichtenberg, Karl Krauss, Wittgenstein, Cioran, Groucho Marx, quienes construyeron engranajes de enorme precisión a través de esa construcción minimalista conceptual como emocional. Gracián dijo: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”. Wittgenstein, en la primera parte del siglo veinte, en su libro *Tractatus lógico-philosophicus*, estructura un lenguaje de enorme precisión, cuyo objetivo es acceder al límite del mundo fáctico, ese umbral desde el cual se puede vivenciar el mundo como totalidad y tener la visión justa de las cosas, cuya expresión más clara es el silencio lógico; al final escribe: “De lo que no se puede hablar es mejor callarse”.

El horizonte del aforismo es siempre abierto, no trata de la *doxa* razón, de ahí su carácter para-

dojal. El aforismo palabra de origen griego, *aphorismós*, se deriva a su vez de *aphorizein*, “separar marcando límites”; de *ap(o)*, “lejos” y *horizein*, separar, pues *hóros* es “límite” e *izein*, “hacer que sea”.

En este sentido el aforismo es una expresión que, por su brevedad y concisión limita para romper un límite. Su paradoja está en que cierra, cierra para abrir sentido. Su rasgo esencial expresivo lo emparenta con el adagio, el apotegma, el proverbio, el dicho, el refrán, la máxima y el ensayo en el sentido de que los dos tienen como compromiso expresar una idea personal como cualquier tema. Como el ensayo, no puede ser ambiguo, sino directo y contundente. Sin embargo, el aforismo por su condición sintética, renuncia a cumplir con el orden lineal de la argumentación que avanza poniendo un ladrillo sobre otro. En su concisa elegancia toma posición ante lo dado, donde lo relevante es no ser individualista, pues su efecto de ruptura es ir al encuentro de todos.

En los anteriores términos, el libro de Argüello, con su estructura aforística cumple con el ejercicio intelectual de consistencia, contundencia y síntesis expresada en relámpagos de conciencia. Hay allí toda una cosmovisión tan provocadora como resquebrajadora de lo firme; es decir, pone al lector en tela de juicio al cuestionarle sus certezas e ideas preconcebidas. Veamos la siguiente muestra:

Volver un día y constatar que no queda más remedio que irse para siempre.

¿Cómo no nombrar la sogá en casa del ahorcado, si cada vez que entro en ella se me hace un nudo en la garganta?

Se juzga a los amigos, a los colegas. Se juzgan sus obras o la ausencia de ellas. Se juzga todo el tiempo. Y, sin embargo, la verdadera justicia no llega.

Conviene a la mujer ser más fiel... a su naturaleza desbordante. ■